

Dos visionarios en Hollywood

Ignacio Solares

El encuentro entre dos autores fundamentales de la literatura de lengua inglesa del siglo XX, Christopher Isherwood y Aldous Huxley, es una de esas raras ocasiones en que dos hermanos visionarios vuelan espiritualmente juntos. Ignacio Solares realizó el prólogo a un guión de ambos autores —Las manos de Jacob— de próxima publicación en la colección Relato Licenciado Vidriera de la Dirección General de Publicaciones de la UNAM.

Adiós a Berlín de Christopher Isherwood es sin duda una de las grandes novelas del siglo XX. La riqueza de sus personajes, la forma de narrarla, serpentina y traviesa, pero especialmente la atmósfera que la envuelve, de la Alemania prenazi, son inigualables. A través de esa coagulación de elementos, el astuto narrador nos describe un mundo único, con leyes propias que, lo sabemos, está a punto de derrumbarse, apenas suba Hitler al poder y estalle la Segunda Guerra Mundial. Mientras tanto, en Berlín impera el arte en todas sus formas, especialmente la música —tan bien ambientada en la película *Cabaret*, inspirada en la novela—, la nostalgia, una inflación incontrolable, el hambre y el inicio de la persecución a los judíos.

Hondamente afectado por la crueldad de la contienda bélica, Isherwood experimentó una profunda depresión que se tradujo en un rechazo a cualquier forma de violencia y en una reconcentración en sí mismo, que en su literatura se manifestó en una tendencia a la autobiografía, bien patente en otra de sus grandes novelas: *Un hombre soltero*, que por cierto tiene una de las mejores descripciones sobre el simple acto de despertar:

El despertar se inicia con el *soy* y el *ahora*. Después, *lo* que ha despertado permanece algún tiempo echado, fijando

la mirada en el techo y escudriñando su interior hasta que estructura plenamente el *yo* y deduce: *yo soy, yo soy ahora*. Sólo un instante más tarde surge el *aquí* como una apaciguante confirmación; pues es aquí, esta mañana, donde esperaba encontrarse (reencontrarse), en donde desde siempre tenía que haber estado, en *su casa*.

Ese *yo* que, una vez en los Estados Unidos, y bajo la influencia del filósofo hindú Jiddu Krishnamurti, trató de relativizar, con toda la desazón que le implicaba. Así lo cuenta en *La violeta del Prater*:

Entre nubes veo el camino que conduce al renunciamiento, donde no hay miedo ni soledad. Lo vislumbro durante un segundo. Por un instante se me vuelve clarísimo. Pero precisamente cuando más claro es ese nuevo camino, las nubes lo envuelven, y un hálito de glaciación, como la frialdad inhumana de las cumbres, me toca en la mejilla. No, pienso, no me sería posible transitarlo. Prefiero el miedo conocido, la soledad conocida..., optar por el otro camino sería perderme. Dejaría de ser una persona común y corriente. Dejaría de ser Christopher Isherwood. No, no. Eso es peor que la guerra misma. Ese camino no voy a elegirlo.



Christopher Isherwood y Aldous Huxley

Sin embargo, casi al final de su vida, junto con Aldous Huxley, formó parte de la Sociedad Vedanta, instalada en Los Angeles, California.

Y fue precisamente Christopher Isherwood quien introdujo a Aldous Huxley en el mundo de Hollywood, a fin de escribir guiones cinematográficos. Parecería contradictorio que el intelectual por antonomasia, Huxley, quien había acondicionado su equipaje para llevar su *Encyclopedia Britannica* a cualquier lugar adonde viajara, tuviera algo que ver con el mundo decadente y superficial de las películas, pero no lo es tanto cuando se entiende que una de las estrategias de esa Sociedad Vedanta era precisamente atraer a intelectuales prestigiados al cine para elevar su nivel e incluso utilizarlo para difundir algún mensaje filosófico, como fue el caso del abortado proyecto cinematográfico de *Las manos de Jacob*, hasta ahora inédito en español.

Así, Huxley se integró a la nómina de escritores como William Faulkner y Francis Scott Fitzgerald que encontraron en Hollywood una forma de sobrevivencia. Huxley escribió los guiones para la adaptación cinematográfica de *Orgullo y prejuicio* (1940), de Jane Austen, y de *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë (1943), protagonizada por Orson Welles, esfuerzos que fueron considerados por la crítica de la época como “admirables”. Sin embargo, a Huxley le ofrecieron por lo menos otra media docena de proyectos que no llegaron a cuajar. Por ejemplo, Walt Disney le encargó la dramatización de la vida de Lewis Carroll mezclando episodios de *Alicia en el país de las maravillas*. Huxley quería que en la película el absurdo de la novela se mostrara enfáticamente, pero la versión final del guión tuvo muy poco que ver con ese primer tratamiento de Huxley. Luego, otro estudio le ofreció realizar una versión de *El amante de Lady Chatterley*, de D.H. Lawrence, en el que trabajaría con-

juntamente con Isherwood y Samuel Beckett, pero Huxley manifestó su desacuerdo de trabajar con este último —sus puntos de vista sobre el tema eran totalmente antagónicos— y el proyecto abortó.

También le encargaron que adaptara un par de sus propias obras, como *Un mundo feliz* y el cuento “La sonrisa de la Gioconda”; sin embargo, la filmación de la primera nunca se concretó y a la segunda le cambiaron el título y la exhibieron como *La venganza de una mujer*, ya que los productores norteamericanos pensaron que “Gioconda sonaba como una motocicleta italiana”, comentó el propio Huxley. Por algo pretendía elevar el nivel intelectual del cine de Hollywood.

Dos fueron los proyectos, nunca filmados, en los que trabajaron juntos Huxley e Isherwood: *Bajo el Ecuador*, sobre la violencia revolucionaria en Sudamérica que, en aquella época, los productores consideraron de poco interés para el público estadounidense, y *Las manos de Jacob*, que fue echado por tierra debido a la presión de la American Medical Association, cuyos miembros sintieron amenazada su legitimidad por el tema de la historia: la sanación mediante la fe.

En algún momento de 1944, Huxley e Isherwood decidieron darle un tratamiento novelístico al guión. En 1961, la casa de Aldous Huxley se incendió y sólo sobrevivió el manuscrito de su última novela, *La isla*. Años después, como lo cuenta la viuda de Huxley, Laura Archera, apareció el original de *Las manos de Jacob*, que Christopher Isherwood les había enviado poco después del incendio. En 1997, la actriz Sharon Stone leyó en los diarios de Isherwood una referencia acerca del guión y se dispuso a buscarlo con la intención de llevarlo a la pantalla con ella como protagonista. En su lugar encontró la novela en la casa de su viuda y así es como ha llegado hasta nosotros la historia de Jacob, joven curandero por imposición de las manos. Al ser la adaptación novelística de un guión, no incluye los elaborados tratamientos psicológicos de los personajes que caracterizan a ambos autores, y la novela parece más bien una primera versión que un trabajo terminado; es muy probable que no fuera su intención publicarlo en forma de libro.

Resulta interesante el periodo en el cual Huxley e Isherwood se encuentran en sus vidas al acometer esta historia. Isherwood parece cada vez más cerca del hinduismo, a pesar del “miedo” que, según dice él mismo, le produce la posible renuncia al yo. Por su parte, a finales de los treinta, Huxley se entera de la existencia del Método Bates para recuperar la vista. Luego de practicarlo, Huxley dio a conocer que por primera vez en veinticinco años, desde que sus ojos enfermaron, podía leer sin lentes y sin forzar la vista. Incluso fue capaz de manejar un automóvil en los empedrados caminos cercanos a su casa en California.

En *Un arte de ver* (1942), Huxley explica:

Los oftalmólogos ortodoxos sólo han prestado atención a los ojos y no a la mente, que utiliza los ojos para ver. Me han tratado verdaderas eminencias de su profesión, pero nunca me informaron de una parte mental de la visión; o de que hay modos erróneos de utilizar los ojos y la mente, así como hay modos correctos, procedimientos anti-naturales y anormales de funcionamiento visual, y procedimientos naturales y normales. Después de atender la infección aguda de mis ojos, en la que demostraron una enorme habilidad, me prescribieron anteojos y me abandonaron. Si yo utilizaba bien o mal mi mente y mis ojos provistos de lentes les era completamente indiferente a todos los oftalmólogos ortodoxos, igual que el efecto que tendría sobre mi visión ese inadecuado uso.

Aunque en su momento el Método Bates y la encendida defensa de Huxley fueron criticados por oftalmólogos y escépticos, lo cierto es que la idea de poder influir en la realidad y la percepción de esa realidad con el poder de la mente y el espíritu fue también la que llevó a Huxley a emprender la titánica realización de *La filosofía perenne*, libro cuya esencia se refleja de alguna manera en *Las manos de Jacob*. Vale la pena citar lo en extenso:

La Filosofía Perenne se ocupa principalmente de la Realidad Una, divina, inherente al múltiple mundo de las cosas, vidas y mentes. Pero la naturaleza de esta Realidad es tal que no puede ser directa e inmediatamente apprehendida sino por aquellos que han decidido cumplir ciertas condiciones haciéndose amantes, puros de corazón y pobres de espíritu. ¿Por qué ha de ser así? No lo sabemos. Es uno de esos hechos que hay que aceptar, gústenos o no, y por implausibles e improbables que parezcan. Nada, en nuestra experiencia diaria, nos da razón alguna para suponer que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno; sin embargo, cuando sometemos el agua a cierto tratamiento harto duro, se pone de manifiesto el carácter de sus elementos constitutivos. Análogamente, nada, en nuestra experiencia diaria, nos da razón de suponer que la mente del hombre sensual medio posea, como uno de sus ingredientes, algo que se parezca a la Realidad Última, inherente al múltiple mundo, o que sea idéntico a ella; sin embargo, cuando esa mente es sometida a cierto tratamiento harto duro, ese divino elemento, de que, por lo menos en parte, está compuesta, se pone de manifiesto, no sólo para la mente misma sino también, por su reflejo, para otras mentes. Sólo haciendo experimentos físicos podemos descubrir la naturaleza íntima de la materia y su poder latente. Y sólo haciendo experimentos psicológicos y morales podemos descubrir la naturaleza íntima del espíritu y su poder latente. En las circunstancias ordi-

narias de la vida sensual media, este poder continúa latente, no manifestado. Si queremos despertarlo, debemos cumplir ciertas condiciones y obedecer a ciertas reglas, cuya validez ha demostrado empíricamente la experiencia.

De esta manera, como artistas de talento e intuición superiores, Huxley e Isherwood ponen en práctica, para el cine, lo aprendido y experimentado a través de una fábula. En este diálogo, por ejemplo, Jacob, el sanador, es cuestionado por Earl, el joven millonario enfermo:

—¿Crees poder curarme? —pregunta Earl, después de una larga pausa.

—No lo sé. Puedo intentarlo. ¿Deseas curarte?

Earl lo mira fijamente. Nadie le había hecho esta pregunta.

—Hay quienes no desean curarse —le dice Jacob—. Siempre lo noto cuando empiezo a trabajar con ellos. Puedo sentirlo. Creen que quieren curarse, pero en el interior, no lo desean. Puede notarse que se aferran a su enfermedad. Están conscientes, y se han acostumbrado a ella y no saben qué harían sin ella. Les da miedo la salud.

Las manos de Jacob nos permite adentrarnos en el esfuerzo de estos grandes autores por explicar, con asombrosa sencillez, a través de personajes simbólicos, las complejas implicaciones místicas e intelectuales acerca de Dios, la fe, la enfermedad y, a final de cuentas, el destino del hombre en la Tierra. **U**

